BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA

SIN COMERLO NI BEBERLO

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

Representada por primera vez con éxito extraordinario en el Teatro de VARIEDADES el 18 de Abril de 1879.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
Atocha, 64, segundo izquierda
1887

SIN COMERLO NI BEBERLO

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

Representada por primera vez con éxito extraordinario en el Teatro de VARIEDADES el 18 de Abril de 1879.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID: 1887
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA,
San Cipriano, 1, bajo,
esquina á la de Isabel la Católica

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ELVIRA.....	Sra. D.ª Juana Espejo.
SEÑORITA LEONOR.....	Srta. D.ª Dolores Matheu.
DOÑA INÉS.....	Sra. D.ª Concepción Rodríguez.
MINUTA.....	Sr. D. Juan José Luján
DON RUFO.....	Federico Tamayo.
DON FERNANDO.....	Andrés Ruesga.
DON DIEGO.....	Juan José Palacios.
DR. SAMANIEGO.....	Salvador Lastra.
FELIPE.....	Luis Mazzoli.

La acción en Madrid.—Época actual.

Las indicaciones de derecha é izquierda se refieren á las del actor.

Esta obra es propiedad de D. Enrique Arregui, y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA *son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA SRA. DOÑA ELISA EGEA DE LÓPEZ

Deseaba una ocasión propicia para dar á V. una prueba del aprecio que siempre me ha inspirado, su talento no común, su buen juicio y sus excelentes cualidades de esposa. En fin, reune V. condiciones que constituyen un conjunto de atributos que forman un todo admirable, y no me extiendo á hablar de su belleza, porque ese encarecimiento pertenece á su esposo, mi dulce y cariñoso amigo.

Yo habría deseado dedicar á V. otra obra de más empeño, pero puesto que ésta la encariñó V. con su sonrisa, allá va como ella es, y como expresión del mejor deseo de su sincero y leal amigo

J. A. Bermejo.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/sincomerlonibebe00berm

ACTO ÚNICO.

Sala con adornos elegantes; puerta en el foro que guia á la calle; dos á la izquierda y una á la derecha. Velador con periódicos y recado de escribir, papel, sobres, etc.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE.—MINUTA.—Luego, FERNANDO.—Al levantarse el telón sale Felipe por la primera puerta de la derecha con periódicos.

FELIPE. Ya se ha vestido el señorito, y se dispone para salir á la calle. Pondré los periódicos sobre el velador, pues así me lo ha mandado. (Coloca los periódicos como ha dicho.) Como ya el señorito los ha leido, los manda poner aquí para que su futuro suegro los lea. Si tendremos hoy también la visita del viejo extravagante, que se ha empeñado en ver á don Fernando, y don Fernando no le quiere recibir? (Mirando á dentro.) Mentando al ruin de Roma... (Sale Minuta.)

MIN. Se me acabó la paciencia: (Saliendo por el foro.) entro y salga el sol por Antequera!

FELIPE. Es usted un atrevido! Váyase usted!

MIN. No me da la gana. Yo sé que don Fernando está en casa y que usted me lo niega. No dejo pasar el día sin verle.

FELIPE. Tengo órdenes...

MIN. No quiero obedecerlas.

FELIPE. Va usted á obligarme á tomar una medida...

MIN. Guárdese usted de amenazarme, que soy funcionario público.

FERN. (Sale poniéndose los guantes.) Quién promueve este alboroto?

MIN. (Quitándose el sombrero.) Yo, que estoy cansado de oir embustes, y hoy he resuelto ver á usted.

FERN. Quién es usted?

MIN. Quintiliano Minuta, funcionario pùblico, es decir, estanquero y expendedor de objetos timbrados, pero cesante y recomendado á usted por don Ambrosio Zapata.

FERN. Ya recuerdo... Retírate. (A Felipe.)

FELIPE. Yo he obedecido ..

FERN. He dicho que te retires.

MIN. Obedezca usted y no replique! (A Felipe.)

FELIPE. Qué fueros! (Yéndose.)

MIN. Y otra vez (Siguiéndole.) sepa usted distinguir de personas, y no atropellar á los hombres de circuntancias típicas. (Viniendo al proscenio.) A estos criados es menester enseñarles los dientes.

ESCENA II.

MINUTA.—FERNANDO.

FERN. Pero reconozca usted que se ha propasado.

MIN. Señor, hace cuatro semanas que vengo desde la calle del Humilladero, donde tiene usted su habitación.

FERN. Vive usted solo?

MIN. No señor; tengo una compañera.

FERN. Ya, su mujer.

MIN. No señor, es una gata.

FERN. Qué ocurrencia!

MIN. Animal indispensable para cierto género de investigaciones domésticas.

FERN. Tengo que hacer. Dígame usted lo que desea.

MIN. La carta de su amigo de usted creo que lo explica todo. Que usted como diputado y pariente me recomiende con eficacia á su tío de usted don Rufo Arboleda, director de Rentas estancadas.

FERN. No recuerdo el objeto.

MIN. Soy sargento licenciado del ejército, he servido en la guerra pasada de los siete años y he contraído méritos específicos, que revela esta hoja de servicios. (Sacando papeles.) de la cual tiene usted una copia que acompañé á la carta.

FERN. Al grano.

MIN. Esto no es paja, aquí constan mis méritos. He sido escribiente en oficinas militares, y tengo una letra...

FERN. En resumen, qué es lo que usted pretende?

MIN. Que se me reponga en mi plaza de estanquero, la cual han dado á Micaela Campillo, á la que conoce todo el mundo por el mote de Micaela Respingos.

FERN. Qué dice usted?

MIN. La verdad. Micaela Respingos, mujer intrigante y de conducta diluente y pecaminosa.

FERN. (Este hombre es una alhaja!)

MIN. Esa ha sido mi sucesora. ¿Es justo que se postergue á un hombre como yo, de juicio tan limitado y de conducta tan irreparable?

FERN. Recomendaré á usted á mi tío hoy mismo.

MIN. Le he escrito una carta esta mañana al señor don Rufo pidiéndole una entrevista para revelarle lo que hace esa mujer; sus confinidades con los contrabandistas...

FERN. No tardará en venir mi tío; si vuelve usted dentro de un rato le encontrará. Yo tengo que hacer, y con su permiso me ausento.

MIN. Ha ofrecido usted recomendarme.

FERN. No olvidaré la promesa.

ESCENA III.

MINUTA, luego DIEGO

MIN. La perseverancia me ha salvado. Logré ver á don Fernando, y espero ver tambien á don Rufo. (Entra Diego y se sienta en una butaca sin reparar en Minuta.)

DIEGO. Ha pasado por mi lado don Fernando y no me ha conocido. Mejor! (Consultando el reloj.) He sido más puntual que doña Inés.

MIN. Este debe ser don Rufo. Su fisonomía revela un hombre de nutrida elevación! (Haciendo exajeradas cortesías que repara Diego.)

DIEGO. (Quién será este hombre estrafalario)

MIN. Caballero; yo me atrevería á hacer á usted una pregunta, si fuera usted benevolente.

DIEGO. Pregunte usted lo que guste. (Sonriendo.)

MIN. (Qué amables son estos señores de la corte!)

DIEGO. Qué quiere usted preguntarme?

MIN. Es usted el señor don Rufo Arboleda?

DIEGO. No señor, ni quiero. (De pie y con acritud.)

MIN. (Qué bruscos y que desatentos son estos señores de la córte!

DIEGO. Se le ofrecía á usted otra cosa?

MIN. No señor; disimule usted mi pregunta indiscrecional.

DIEGO. (Qué bárbaro!)

MIN. (Vaya un petimetre!)

DIEGO. Qué murmura usted?

MIN. Nada, caballero, no sea usted tan disoluble.

DIEGO. No diga usted barbaridades. (Gritando.)

MIN. No me grite, que soy poco amigo de los rudimentos.

ESCENA IV.

DIEGO, luégo INÉS.

DIEGO. Para qué buscará este hombre al padre de mi

novia postiza? Me vengaré de don Fernando. Afortunadamente no sabe que soy casado, y puedo impunemente galantear á su prometida y hasta desbaratar la boda con el diabólico plan que he concebido. Aquí viene mi confidenta. (Sale.)

INÉS. Ha sido usted más puntual que yo. ¿Hace mucho que me espera?

DIEGO. Acabo de llegar.

INÉS. Vamos viento en popa. (Con regocijo.)

DIEGO. De veras?

INÉS. Puse la carta anónima que usted ha escrito sobre la mesa de despacho de don Rufo. La leyó y está dado á los diablos contra don Fernando.

DIEGO. Tronarán?

INÉS. Indudablemente Don Rufo arranca hoy los cabellos á su sobrino.

DIEGO. Cuánto me alegro de haber logrado mi propósito!

INÉS. Saldrá de la casa ese jóven vanidoso, que me trata como á una sirvienta, sin reparar que don Rufo me ha dado todos los poderes de su difunta esposa. Se entiende, en el manejo de la casa, en la educación de su hija. No se casará Leonor con Fernando, se casará con usted.

DIEGO. (Difícil lo veo, siendo yo casado.)

INÉS. Qué decía usted á don Rufo de la carta anónima?

DIEGO. Que su sobrino don Fernando galanteaba secretamente á la viuda de Torralva; que como todos sabemos es á la que don Rufo enamora, y la que le trae medio loco.

INÉS. Ahora comprendo su furia.

LEONOR. (Dentro.) Inés!

INÉS. Aproveche usted la ocasion de echarla flores, á fin de que sus palabras de usted coincidan con mi recomendación.

DIEGO. Yo haré lo que usted me diga.

INÉS. Voy por ella. (Se detiene.) Aquí viene, no sea usted tímido.

DIEGO. Nunca lo fuí.

ESCENA V.

DIEGO.—INÉS y LEONOR.

LEONOR. No oyes que he llamado?
INÉS. Hablaba con este caballero.
LEONOR. (Saludando.) No había reparado... Disimule usted.
DIEGO. Es usted la que debe disimular la detención de su aya, siendo yo el culpado.
INÉS. Este caballero es el jóven don Diego Quiñones, de quien te hablé...
LEONOR. Tengo muchísimo gusto en conocerle...
DIEGO. Soy yo el que debo linsonjearme por haber tenido la dicha de escuchar ese acento tan dulce y contemplar esa mirada fascinadora.
LEONOR. Cuánta hipérbole, caballero.
INÉS. (Bajo á don Diego.) Magnífico! Ese es el camino para llegar...
DIEGO. No debe usted llamar hipérbole á lo que es verdad. Y si yo la dijese á usted que la amaba? (Aparece Fernando por el foro y escucha.)
LEONOR. Qué escucho? (Riéndose.)
DIEGO. Lo afirmo con el corazón. (Fernando baja al proscenio.)

ESCENA VI.

DICHOS. — FERNANDO.

LEONOR. (Fernando!)
INÉS. (Me alegro!)
DIEGO. (Me oyó') (Breve silencio.)
FERN. Siento haber interrumpido el diálogo.
DIEGO. Hace usted mal en sentirlo, porque yo estoy dispuesto á continuar.
INÉS. Y debe usted hacerlo.
FERN. Y á quién tengo el gusto de saludar? (A Diego.)
DIEGO. El gusto? El honor habrá usted querido decir.

FERN. Como ignoro el nombre y la jerarquía...

DIEGO. Soy don Diego Quiñones.

FERN. Recuerdo ese apellido.

DIEGO. Como que á sabiendas ha influído usted como diputado para dejarme cesante.

FERN. A sabiendas?

DIEGO. Se hablaba de proseguir el diálogo, y continúo diciendo á esta señorita que me gusta y que la amo.

LEONOR. Sabe usted si sería correspondido?

INÉS. Quién sabe?

DIEGO. No importa. Yo he de ser insistente, y si esta decisión no agrada á don Fernando me alegraré. Ofrezco á usted mi casa, si para algo me necesita. (Dando á Fernando una tarjeta.)

FERN. Puede ser.

DIEGO. He dicho! (A Inés.) A los piés de usted, doña Inés. Señorita! Corroboro cuando la he dicho. La amo á usted y la amaré. (A Leonor.) (Me voy antes que me dé calabazas en presencia de su amante.)

ESCENA VII.

INÉS.—LEONOR y FERNANDO.

FERN. (A Leonor.) Qué significa esto?

INÉS. Vaya una pregunta insustancial!

FERN. Yo no la he preguntado nada.

INÉS. Pero á mí me ha dado la gana de responder.

LEONOR. (A Inés.) Qué afán tienes por atizar el fuego de la discordia.

INÉS. Algún día me lo agradecerás.

FERN. (A Leonor.) Yo quiero saber si don Diego es ó no objeto de tus amores.

LEONOR. No escuchastes mi respuesta?

FERN. Pero escuchaste benévola sus galanterías.

INÉS. Lástima fuera que se tapara los oídos!...

FERN. (Con enfado.) Que no hablo con usted!

INÉS. Pues á mí se me antoja responder.

LEONOR. Silencio! Que se acerca mi papá.

ESCENA VIII.

DICHOS.—RUFO, que sale apresurado y con el semblante descompuesto. Se detiene en medio, mira con severidad ridícula á todas partes y dice.

RUFO. (A Leonor.) Si vuelves á mirar á la cara á mi sobrino Fernando... te extrangulo!

LEONOR. Qué horror!

INÉS. (Chúpate ese caramelo!)

FERN. Y por qué?

RUFO. Silenci ! Estoy en el uso de la palabra!

LEONOR. Pero, papá!

RUFO. Silencio! (Gran silencio.) Silencio! (Pausa.) Vete con Leonor allá dentro. (A Inés.) Tengo que hablar á solas con mi sobrino.

LEONOR. (Tengo miedo.)

INÉS. Vámonos, Leonor. (Duro con él.) (Bajo á Rufo.)

ESCENA IX.

FERNANDO.—RUFO.

FERN. Qué será esto?

RUFO. Conque ha sido usted capaz?

FERN. De qué?

RUFO. Y usted me lo pregunta? Vengo de su casa.

FERN. De qué casa?

RUFO. Hipócrita! De la casa de ella, de la traidora. Pero me he vengado, porque cuando yo tengo celos soy un rinoceronte!

FERN. Pero explíquese usted.

RUFO. He despedazado las cortinas, he roto infinidad de muebles, el tocador, sus trajes, sus adornos... en fin, todo lo que la he comprado. Ahora reponga usted las pérdidas y sostenga su boato.

FERN. Pero, tío, yo no entiendo nada de lo que usted me dice.

RUFO. Llorando la he dejado; vaya usted á consolarla.

FERN. (Enojado.) A quién quiere usted que yo consuele?

RUFO. Se hace usted inocente cuando estoy conociendo en su cara la traición?... Demasiado sabía usted que la viuda de Torralva era mi prometida y usted me la ha seducido.

FERN. Quién le ha dicho á usted semejante majadería? Yo no conozco á esa señora.

RUFO. Que no la conoce usted? Tengo pruebas. Olvide usted á mi hija, porque no es usted digno de ella; y mañana cambia usted de domicilio.

FERN. Yo haré lo que usted me mande, pero le juro...

RUFO. Aquí tengo las pruebas. (Mostrando una carta.) Esta mañana la he recibido.

FERN. Veamos!

RUFO. A su tiempo. (Guardando la carta.) Voy á mi despacho para escribir á mi notario. No gozarán ustedes días tranquilos. (Vase por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA X.

FERNANDO, luego MINUTA.

FERN. Qué laberinto es este, Dios mío! Esto me faltaba después de la escena que he tenido con don Diego, á quien debo hoy mismo pedir una satisfacción.

MIN. Veremos si ha venido don Rufo Arboleda. (Saliendo.) Calla! Aquí está don Fernando. (Saludándole.) He venido demasiado pronto?

FERN. Qué se yo? Déjeme usted en paz! (Vase.)

ESCENA XI.

MINUTA, luego RUFO.

MIN. Qué bruscos y qué desatentos son estos señoritos de Madrid! Qué le habrá pasado? Yo no he podido hablarle de una manera más timorata... Sea lo que Dios quiera, y esperemos á don Rufo.

(Sale Rufo leyendo una carta sin ver á Minuta.)

RUFO. Ya he combinado mi plán de batalla.

MIN (Este debe ser un general!)

RUFO. Estoy satisfecho de mi obra, esto se convertirá en trajedia.

MIN. (Debe ser un cómico!)

RUFO. Esta noche la asesino, y á Fernando Salvatierra le abro en canal.

MIN. (Acercandose.) Caballero; por Dios, no abrigue usted en su pecho esos designios tan metropolitanos.

RUFO. Quién es usted?

MIN. Un hombre pacífico que tiene caridad cristiana y procura evitar un crímen.

RUFO. Quién le manda á usted meterse donde no le llaman?

MIN. Señor, la misantropía...

RUFO. Salga usted pronto de este aposento!

MIN. No me da la gana .. ea!

RUFO. Quién será este intruso.

MIN. No me insulte usted. Yo no soy intrínseco.

RUFO. No le rompo á usted la cabeza de un bastonazo porque le tengo lástima.

MIN. Sí? (Poniéndose en actitud defensiva.) Venga usted á romperme la cabeza. Yo también tengo bastón.

RUFO. Juro á fe de Rufo Arboleda...

MIN. Ay, perdón! (Dejando caer el bastón y con el sombrero en la mano) Estoy en la presencia del señor don Rufo?

RUFO. Sí señor, y de un basilisco capaz de comérselo á usted por sopa.

MIN. Apacigüe su voracidad, que soy poco digestivo.

RUFO. Quién es usted?

MIN. El autor de la carta que habrá recibido esta mañana.

RUFO. Ah! (Con dulzura.) Es usted el que me ha escrito revelándome... Disimule mi arrabato. Tomé el rábano por las hojas.

MIN. (Qué cariñosos son estos señorones de Madrid!)

RUFO. Nos sentaremos. (Arrastrando asientos.)

MIN. Como usted guste. (Se sientan.)

RUFO. Conque es usted el de la carta?

MIN. Sí señor, yo soy el de la carta.

RUFO. Pues esa carta es la causa de mi arrebato.

MIN. Han hecho efecto á usía ilustrísima mis revelaciones?

RUFO. Mucho! Omita usted el tratamiento. Pero usted no me lo dice todo; hay frases un poco veladas, especialmente en lo que á ella se refiere.

MIN. Habría sido indiscreto decir por escrito... Pero si usted me autoriza para hablarle con franqueza...

RUFO. Sí señor; no me oculte usted nada.

MIN. (Ay Micaela Respingos, que me las vas á pagar; te quedastes sin estanco!)

RUFO. Conoce usted á la indivídua?

MIN. (Sonriendo.) Que si la conozco? todo el mundo la conoce. Si ha sido la mujer más escandalosa que Dios ha criado.

RUFO. (Sorprendido.) Qué está usted diciendo?

MIN. No me ha dicho usted que no le oculte nada?

RUFO. Sí señor, pero acaso la calumnia...

MIN. Si su vida es conocida. Mire usted, ella fué hija de un tabernero de Cartagena.

RUFO. Cómo!

MIN. Su marido fué un pobre hombre; ella se distinguía, porque cuando andaba movía mucho las caderas, y la pusieron por mote Micaela Respingos.

RUFO. Basta. Tenga entendido que está calumniando á una mujer que yo he amado con fervor. (De pie los dos.)

MIN. Esa flaqueza humana me tiene cesante, y ha protegido usted á una contrabandista.

RUFO. Quién es usted?

MIN. No se lo decía á usted mi carta? Quintiliano Minuta.

RUFO. Ya! Es usted el que me pide el estanco de la calle del...

MIN. El mismo, señor, el mismo.

RUFO. Y para escuchar sandeces he perdido mi tiempo?

MIN. Qué quiere decir sandeces? Yo he pedido la reparación de una injusticia. Aquí está mi hoja de servicios. (Sacando los papeles.)

RUFO. Vaya usted á los infiernos con su hoja de servicios. (Dando una manotada á los papeles, que caen al suelo. Vase.)

ESCENA XII.

MINUTA, luego FERNANDO.

MIN. Qué injustos y que groseros son estos altos funcionarios de Madrid! (Recogiendo los papeles.) Mi ejecutoria rodando por el suelo! Qué ignominia! Qué dilapidación!

FERN. (Saliendo.) (Ya encontré padrinos! Pasado mañana me batiré con don Diego!) Estaba usted aquí? (A Minuta.)

MIN. Sí señor, aquí estoy.

FERN. Habló usted ya con mi tío don Rufo?

MIN. Ojalá no le hubiese hablado!

FERN. Le ha recibido á usted mal?

MIN. Muy mal, don Fernando. Ya no hay salvación para mí. Ha triunfado Micaela Respingos.

FERN. Y qué quiere usted?

MIN. Llorar amargamente. (Llora.)

FERN. Hombre, por Dios, no alborote usted la casa.

MIN. No quiere usted qué llore? (Reponiéndose.)

FERN. Los hombres no deben llorar.

MIN. Dice usted bien: los hombres deben enfurecerse y maldecir. Ahora verá usted. (Gritando.) Juro por Satanás!

FERN. Señor Minuta... Qué escándalo?

MIN. Déjeme usted ser hombre ya que no soy estanquero.

FERN. Modérese usted, que yo le daré una recomendación para el subsecretario de Hacienda, que es amigo mio, y le repondrá.

MIN. (Gozoso.) Me repondrá?

FERN. O le dará otra cosa mejor.

MIN. Oh, ventura! Oh, longaminitud!

FERN. Siéntese usted al lado de ese velador, y le dictaré una carta.

MIN. (Sentándose.) Qué buenos y qué filarmónicos son estos diputados de Madrid! (Se prepara.) Aquí encuentro papel y todo lo necesario.

FERN. Puedo empezar? (Paseándose.)

MIN. Cuando guste.

FERN. (Dictando.) «Excmo. señor Subsecretario de Hacienda.»

MIN. Hacienda se escribe con ache?

FERN. Hombre, sí, y mayúscula.

MIN. (Repitiendo.) «Hacienda.»

FERN. (Dictando.) «Mi querido Serafín.»

MIN. (Repitiendo.) Serafín. (Aparece Elvira por el foro de riguroso luto y con el velo echado.)

ESCENA XIII.

FERNANDO.—MINUTA.—ELVIRA.

ELVIRA. Don Fernando Salvatierra?

FERN. Servidor. (Volviéndose.)

MIN. (A qué vendrá esta enlutada?)

ELVIRA. Da usted su permiso?

FERN. Adelante.

ELVIRA. (Se adelanta.) Disimule usted si he venido á interrumpirle.

FERN. No tengo nada que disimular. Puede usted tomar asiento.

ELVIRA. Gracias. (Se sienta.)

FERN. Diga usted en qué puedo complacerla.

ELVIRA. Es una confidencia reservada. (Mirando á Minuta.)

FERN. Entiendo. (A Minuta.) Señor Minuta, entreténgase usted un rato en leer *La Correspondencia*, allí, un poco retirado.

MIN. (Toma *La Correspondencia* del velador.) Comprendo; á donde no llegue el órgano visual de la palabra. (Se coloca en el extremo opuesto.) Leeré la sección de anuncios, que siempre trae alguna conveniencia. (Se sienta y lee.)

FERN. Nadie la escucha más que yo. (Sentándose al lado de Elvira.)

ELVIRA. (Levantando el velo.) No es cortés permanecer velada, y menos cuando se viene á pedir un favor. Me conoce usted?

FERN. No he tenido ese placer hasta este momento.

ELVIRA. Caballero, soy muy desgraciada! (Gimoteando.)

FERN. Es usted viuda?

ELVIRA. No señor; este luto es un disfráz para no ser conocida. Soy casada y reclamo justicia contra el pérfido de mi marido.

FERN. Es pérfido su marido de usted?

ELVIRA. Un traidor! Yo he venido aquí para que me dé usted un remedio para mis males.

FERN. Y qué remedio puedo yo dar á usted?

MIN. «El aceite de bacalao, hace prodigios.» (Leyendo.)

FERN. Si usted no me pone en antecedeutes...

ELVIRA. Mi marido es una buena figura, tengo esa desgracia, le gusta el galanteo; yo he conocido que anda distraido, porque cuando un hombre tiene una inclinación fuera de su casa se le conoce, y yo cazo muy largo.

FERN. Qué más?

ELVIRA. Le he seguido con este disfráz y he averiguado que viene á esta casa. Deseo por tanto que usted me diga qué mujer hay aquí á quien mi marido se pueda dirigir.

FERN. Cómo se llama su esposo de usted?

ELVIRA. Permita usted que guarde el incógnito hasta que usted me diga...

MIN. (Leyendo.) «Una señorita joven, de buenos antecedentes, necesita un hombre solo.» (Aparecen por la primera puerta izquierda Inés y Leonor.)

ESCENA XIV.

DICHOS.—INÉS.—LEONOR.

INÉS. Míralo con una mujer! (Señalando á Fernando.)

ELVIRA. Qué es esto? (De pie y echándose el velo.)

LEONOR. Se ha echado el velo!

INÉS. Tenía yo razón?

LEONOR. (A Fernando.) Quién es esta mujer?

ELVIRA. Suspenda usted su juicio; soy una señora.

MIN. (Gatuperios! Tiró el diablo de la manta!) (De pié.)

FERN. Es la primera vez que veo á esta señora: y ha venido á preguntarme...

LEONOR. (A Elvira.) Por qué se ha echado usted el velo?

INÉS. La mujer que se cubre ..

ELVIRA. Tendrá motivos lícitos para no darse á conocer. Yo he venido á pedir un favor á este caballero. Si ustedes quieren dar un sentido malicioso á este paso, me importa poco; tengo tranquila mi conciencia... y no digo más.

FERN. Pero explíquese al menos.

ELVIRA. Eso le corresponde á usted como caballero, y hasta tiene usted el deber de vindicarme si me ofenden. (Saluda y vase por el foro.)

ESCENA XV.

DICHOS, menos ELVIRA.

MIN. (Toma y vuelve por otra!)

LEONOR. Estoy celosa, Fernando!

INÉS. Qué mal haces, hija mía!

FERN. Doña Inés, ó doña infierno!

INÉS. Yo hablo clarito; no tengo pelos en la lengua.

FERN. Lo que usted no tiene es otra cosa que no quiero decir.

INÉS. Dígala usted .. qué es lo que yo no tengo?

MIN. No se altere usted, señora; puede usted no tener muchas cosas.

INÉS. Que diga qué es lo que yo no tengo.

MIN. Antes dijo usted que no tenía pelos en la lengua.

INÉS. Y qué?

MIN. Puede no tenerlos tampoco en la cabeza y llevar peluca!

INÉS. Yo no tengo peluca!

MIN. También se enfada usted por eso? No sería usted la primera mujer que tiene desnudo el sistema capilar.

FERN. (A Leonor.) Si esa enlutada no se hubiera ausensentado, ella habrá dicho... yo no la conozco... El señor fué testigo... (Señalándo á Minuta.)

MIN. Con efecto, yo ví... yo puedo decir...

INÉS. (A Minuta.) Porque estará usted en el ajo.

MIN. Se equivoca usted; aquí no hay ajo ni cebolla donde yo quepa.

LEONOR. Aquí hay misterio.

MIN. Miren ustedes, señoras. Yo estaba aquí sentado escribiendo una carta que don Fernando me dictaba, y en el momento que yo decía, «mi querido Sarafín »

INÉS. No siga usted adelante!

MIN. Si ahí nos quedamos atascados.

INÉS. Patrañas!

MIN. (Qué insoportables son estas viejas de Madrid!)

INÉS. Vámonos á dentro, que puede venir tu papá (A Leonor.) y sabe Dios lo que sucedería si te viese hablar con este caballero!)

LEONOR. Pero yo quiero que se explique.

FERN. Dispuesto estoy á darte toda clase de satisfacciones.

INÉS. No las necesita. (Llevándose á Leonor.)

ESCENA XVI.

FERNANDO.—MINUTA.

MIN. Sabe usted que la tal doña Inés tiene una temperatura...

FERN. La detesto!

MIN. Debe tener algo triturado el organismo de racionalidad.

FERN. Qué cosas suceden tan extrañas! y todas contra mí.

MIN. Y contra mí también.

FERN. Contra usted?

MIN. Pues no está usted viendo que estoy condenado á no pasar de mi querido Serafín?

FERN. Tiene usted razón.

MIN. Si está usted en disposición de continuar.

FERN. No lo estoy; pero acabemos de una vez; siéntese y continuaré dictando.

MIN. Cuánta amabilidad! (Sentándose.)
FERN. Está usted preparado?
MIN. Sí señor. Y dijimos: «Mi querido Serafín. (Aparece por el foro Samaniego.)

ESCENA XVII.

FERNANDO.—MINUTA.—SAMANIEGO.

SAMAN. Fernando! (Bajando al proscenio.)
FERN. Doctor de mi vida! (Abrazándose.)
MIN. (Ni Dios pasó de la cruz ni yo paso de mi querido Serafín!) (Soltando la pluma con enfado y de pie.)
SAMAN. Qué has hecho?
FERN. A qué te refieres?
SAMAN. Te has indispuesto con don Diego Quiñones?
FERN. De lo que no me arrepiento. Ya le he mandado mis padrinos.
MIN. Qué cosas pasan aquí tan disyuntivas.
SAMAN. Quiñones es amigo mio, tú lo eres también, y he venido á buscarte para arreglar ese asunto.
FERN. Imposible!
SAMAN. He abandonado mis visitas y eso que tengo enfermos de gravedad para ocuparme de vosotros... conque sígueme.
MIN. (Se lo lleva!)
FERN. A dónde quieres llevarme?
SAMAN. No repliques y acompáñame.
FERN. No acepto nada que pueda humillarme.
SAMAN. Tampoco yo te lo exigiría. Te suplico que me sigas y en la calle te hablaré.
FERN. Vamos, pues, donde quieras. (Tomando el sombrero.)
MIN. Y la carta, don Fernando? (Deteniéndole.)
FERN. Volveré.

ESCENA XVIII.

MINUTA, luégo DON RUFO.

MIN. Me deja sólo, con mi querido Serafín... Qué maldición es la que me persigue? Desde que la Respingos se apoderó de mi estanco todo me sale al revés... Un hombre como yo, tan honrado, tan lucrativo! Hoy nadie repara en el mérito de las personas... No se ve otra cosa que el favoritismo...

RUFO. (Desde el foro.) La portera me ha dicho que ha entrado en mi cuarto una mujer enlutada, cubierta con un velo, y que preguntó si estaba Fernando. Ha de haber sido la traidora de Torralva, que ha venido á contarle. Por eso no la encontré en su casa. Qué hace usted aquí? Con quién habla usted? (Reparando en Minuta que está pensativo.)

MIN. Con Serafín.

RUFO. Quién es Serafín?

MIN. Mi querido Serafín!

RUFO. (Qué idea! Puede ser que éste haya visto... Voy á dulcificarme.)

MIN. (Qué estará meditando?)

RUFO. Una palabra, señor Minuto.

MIN. Mi apellido es Minuta; no soy minuto ni cuarto de hora.

RUFO. Bien, señor Minuta. Yo quiero ser amigo de usted y reponerle en su destino.

MIN. De verdad?

RUFO. Pero es necesario que me responda á las preguntas qne voy á hacerle.

MIN. Diga usted.

RUFO. Ha visto usted entrar aquí una señora enlutada?

MIN. Sí, señor.

RUFO. Con quién habló?

MIN. Con don Fernando.

RUFO. Qué se dijeron?

MIN. Hablaron muy bajito y no pude oir nada de lo que decían. Sólo ví que entró llorando.

RUFO. Lloraba? Más le queda que llorar todavía.

MIN. Después hubo una escena de los diablos. Se presentó su hija de usted doña Leonor y habló acaloradamente con don Fernando...

RUFO. Mi hija habló con Fernando? (Furioso.) Llegó la hora fatal. (Vase corriendo por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XIX.

MINUTA, luego LEONOR.—INÉS.

MIN. Ese hombre es un bucéfalo, capaz de hacer una barbaridad! (Se oyen gritos y rotura de cristales.) Se armó la gorda! (Salen corriendo Inés y Leonor.)

LEONOR. Socorro!

INÉS. No hay quién nos ampare?

MIN. Evitemos que salga el toro. (Echa el cerrojo á la puerta por donde han salido.)

LEONOR. Qué hacemos?

INÉS. Dónde nos ocultamos? (Se oyen golpes en la puerta.)

LEONOR. Huyamos!

INÉS. Entremos en el aposento de Fernando, y encerrémonos por dentro.

LEONOR. Vamos, entreténgalo usted. (A Minuta.)

INÉS. Dígale usted que hemos ido á casa de doña Amalia; la madrina de Leonor. (Entran por la puerta de la derecha y se encierran.)

RUFO. Abran ustedes ó echo la puerta abajo. (Golpeándose.)

MIN. Abriremos el chiquero para que salga el toro. (Abre y sale Rufo furioso, y con el sombrero hacia atrás.)

ESCENA XX.

MINUTA.—RUFO.

RUFO. Quién me ha encerrado?

MIN. (Medroso.) Ellas, ilustrísimo señor.

RUFO. Dónde se han escondido?

MIN. En ninguna parte, ilustrísimo señor.

RUFO. Dónde han ido?

MIN. Han salido escapadas por esa puerta como dos oscilaciones.

RUFO. Y dónde habrán ido?

MIN. Las oí decir que iban á casa de doña Amalia, la madrina de la niña.

RUFO. No le salvará el amparo de su madrina. Yo me anticiparé. (Vase por el foro.)

ESCENA XXI.

MINUTA.—LEONOR.—INÉS.

MIN. Salimos por lo pronto del apuro. (Tocando á la puerta.) Ya se fué el tigre de Bengala, pueden ustedes salir. (Salen Inés y Leonor, ésta sostenida por aquélla.)

INÉS. A mi pobrecita Leonor le ha dado un síncope. Qué hago, señor Minuta?

MIN. Qué se yo? Póngale usted un par de sinapismos.

INÉS. Ayúdeme usted, y la sentaremos en la butaca. (La sientan.) Vuelve en tí, querida mía.

MIN. No se aflija usted, esto pasará pronto.

INÉS. Entiende usted algo de medicina?

MIN. Algo entiendo.

INÉS. Púlsela usted.

MIN. (Pulsándola.) Sí, la pulsación es un poco virolenta.

INÉS. Cómo virolenta?

MIN. Los nervios, aquí no hay más que nervios.

INÉS. Qué sofocada está. No veo un abanico... Ah! Ese papel. (Saca la hoja de servicios que Minuta lleva en el pecho.)

MIN. Canastas! Quiere usted que mi hoja de servicios sirva de aventador? (Quitándosela y aventándola con el faldón de la levita.)

INÉS. Pero si no hallo otra cosa á la mano.

MIN. (Qué atrevidas son estas viejas de Madrid!)

INÉS. Ya vuelve en sí.

LEONOR. Dónde estoy? (De pie.)

INÉS. A mi lado, Leonor querida.

LEONOR. Me siento muy mala. Llévame al lecho.

MIN. Le conviene el reposo.

INÉS. Sí, querida, y después volaré á casa de tu madrina para que medie en este conflicto. (Se la lleva.)

LEONOR. Pobre de mí! Fernando, Fernando!

ESCENA XXII.

MINUTA, luego INÉS.

MIN. Pondré mi hoja de servicios sobre el velador, para que no me la conviertan otra vez en abanico. (Lo hace.) Pero qué cosas me están pasando sin comerlo ni beberlo. Oh! estanco, lo que me cuestas! Sálvame, querido Serafín! Tú eres mi esperanza! Con esto y con que don Serafín sea otro don Rufo... (Sale Inés de mantilla.)

INÉS. Señor Minuto.

MIN. Me llamo Minuta.

INÉS. Lo mismo da.

MIN. No da lo mismo.

INÉS. Pues bien, señor Minuta; la niña está echada y más tranquila. La doncella está á su lado. Yo me dirijo á casa de la madrina para impedir una catástrofe. Adios.

ESCENA XXIII.

MINUTA, luego ELVIRA.

MIN. Y yo qué necesidad tengo de saber...? Si yo supiera que don Fernando iba á tardar, me ausentaría para volver luego. Pero es necesario ser consecuente y no perder las oportunidades. Mataré el tiempo leyendo periódicos. (Se sienta con un periódico en la mano.) Yo prefiero siempre la gacetilla. (Aparece Elvira muy sofocada.)

ELVIRA. Dónde está don Fernando?

MIN. La enlutada. (Soltando el periódico y poniéndose de pie.)

ELVIRA. No me dice usted dónde está don Fernando?

MIN. Lo ignoro; en casa por lo menos no está.

ELVIRA. Le esperaré. (Se sienta junto al velador.)

MIN. Viene usted para que tengamos otra Babilonia?

ELVIRA. Estoy sofocada! He perdido el abanico! (Coje la hoja de servicios.)

MIN. Abaníquese usté con la mano. (Arrebatándole el pliego.) A todo el mundo se le antoja. (Se guarda el pliego en el pecho.)

ELVIRA. Estoy resuelta á todo; tendré valor. (Pasea con agitación.)

MIN. Qué tiene usted, señora? Le ha picado la tarántula?

ELVIRA. El pérfido no ha venido á comer á casa. Dónde habrá comido? (A Minuta.)

MIN. En la fonda.

ELVIRA. No señor, no ha comido en la fonda.

MIN. Pues habrá comido en un bodegón.

ELVIRA. Tampoco. Aquí, aquí hay gato encerrado!

MIN. Gato ó gata?

ELVIRA. Esa palabra dice mucho. Gata, sí señor, es una gata. (En actitud dramática.)

MIN. Pues me alegro de haber dado con el sexo.

ELVIRA. Qué veo! Caballero! (Mi marido!) Dónde me escondo? (A Minuta.)

MIN. A donde á usted le de la gana.

ELVIRA. No quiero que me vea la persona que va á entrar. Aquí me esconderé. (Entra apresurada por la puerta de la derecha, lo cual advierte Diego, que aparece en el foro al mismo tiempo.)

ESCENA XXIV.

MINUTA.—DIEGO.

MIN. Pues no es mala diversión! Yo me voy y luego volveré.

DIEGO. Tenemos que hablar. (Deteniendo á Minuta.)

MIN. Qué tiene usted que decirme?

DIEGO. Está resuelto el problema.

MIN. Me alegro mucho. (Quiere salir y Diego le detiene.) Hombre, déjeme usted salir.

DIEGO. He hablado con doña Inés, y me lo ha referido todo. Estoy arrepentido y vengo á pedirle perdón.

MIN. A quién?

DIEGO. A doña Leonor, que se ha escondido en ese aposento para no verme.

MIN. La que se ha escondido es doña Leonor? Esa enlutada?

DIEGO. Sí, preparada con el manto para ir á ver á su madrina. Se ha disfrazado para que su padre no la conozca. Cuando le digo á usted que lo sé todo!

MIN. Ya veo que está usted al corriente...

DIEGO. Dígala usted que salga... que quiero pedirla perdón.

MIN Pues que salga! (Abre la puerta.) Señora, la han visto entrar, hágame usted el gusto de salir, que no habrá tempestad.

ESCENA XXV.

MINUTA.—DIEGO.—ELVIRA.

DIEGO. La he conocido á usted y aquí me conduce el deseo de una leal reparación. Qué es lo que usted me responde?

MIN. Responda usted. (A Elvira.)

ELVIRA. No me obligue usted á que hable porque me compromete. (Bajo á Minuta.)

DIEGO. Qué dice?

MIN. Esta señora no puede hablar á usted, tiene interrumpido el órgano del paladar.

DIEGO. No diga usted disparates.

MIN. No crea usted que yo diga disparates.

ESCENA XXVI.

DICHOS.—FERNANDO.—SAMANIEGO, luego LEONOR.

SAMAN. Qué fortuna! Aquí está don Diego. Qué ocasión tan propicia para ajustar las paces.

DIEGO. Dispuesto estoy á hacerlo en presencia de doña Leonor.

SAMAN. Dónde está doña Leonor?

DIEGO. Ahí la tienes. Pero se empeña en no hablar. (Señalando á Elvira.)

FERN. (Esta es la enlutada.) Yo la obligaré á que hable. (Se acerca.)

ELVIRA. Don Diego es mi marido, no me comprometa usted delante de tanta gente, y sáqueme de aquí. (Bajo á Fernando.)

FERN. (Fingiré que es Leonor, y la sacaré del aprieto.) Señores, tiene Leonor motivos para no hablar. (Aparece Leonor por la primera puerta izquierda.) Ven, amada mía, ya sabes á dónde debo llevarte. (Se cogen del brazo.) Pronto vuelvo, caballeros. (Se interpone Leonor.)

LEONOR. Traidor! No lo consentiré!

MIN. Aquí fué Troya.

FERN. Cielos!

DIEGO. No era Leonor!

SAMAN. Qué laberinto!

DIEGO. Es preciso que esa señora se dé á conocer!

LEONOR. Diga usted quién es ó de lo contrario... (A Elvira.)

FERN. No la comprometas, que es don Diego su marido, del cual está celosa. (Bajo á Leonor.)

DIEGO. Oblíguela usted á que se dé á conocer. (A Leonor.)

LEONOR. No puede ser; yo la amparo. (Colocándose al lado de Elvira.)

MIN. Cuando digo yo que este es el laberinto de Cresta!

SAMAN. Pues así no ha de quedar, yo le hablaré y se descubrirá

LEONOR. No la exponga usted, que don Diego es su marido. (Bajo á Samaniego.)

DIEGO. Dices bien, chico, salgamos de confusiones.

SAMAN. No puede ser: yo la amparo.

MIN. Cuando digo que hay aquí una mistificación!

DIEGO. Pues yo no he de quedar en duda, porque voy sospechando... Yo la obligaré...

FERN. No lo haga usted, que es la mujer del pobre Minuta. (Bajo á Diego.)

DIEGO. Ya! (Mirando á Minuta y riéndose.)

MIN. Se le apagaron á usted los ímpetus?

DIEGO. Sí, yo también la amparo. (Todos miran á Minuta y se ríen á carcajadas.)

MIN. Hombre, qué cosa tan chistosa. De qué se ríen ustedes? (Rien más fuerte.) Se están burlando de mí? (Sale Inés precipitada.)

ESCENA XXVII.

DICHOS.—INÉS, luego RUFO.

INÉS. Dónde está Leonor?

LEONOR. Aquí estoy.

INÉS. A la puerta nos espera un coche. Volemos á casa de tu madrina, que nos espera. (Aparece don Rufo en el foro, da un bastonazo en el suelo y dice con desentono.)

RUFO. Aquí estoy! (Grito general de espanto; Fernando entra con Leonor por la puerta de la derecha. Diego y doña Inés por la primera puerta de la izquierda y Elvira y Samaniego por la segunda. Este movimiento se hará rápido, para que la escena quede despejada á un tiempo.)

ESCENA XXVIII.

MINUTA.—RUFO.

MIN. (Se despejó la plaza y me dejan solo con la fiera.) (Acoquinado.)

RUFO. Por qué me huyen? (Acercándose á Minuta poco á poco.)

MIN. Porque es usted muy simpático.

RUFO. No me venga usted con chafalditas, porque le parto por la mitad.

MIN. No haga usted esas divisiones tan improvistas.

RUFO. Y lo hago como lo digo.

MIN. No creo haber dado motivos para ese furor tan inconcuso.

RUFO. He recibido una carta de don Diego, en la cual me pide perdón y me refiere el suceso. La de Torralva era inocente... He querido arrojarme á sus plantas y no estaba en su casa.

MIN. La de Torralva?

RUFO. Sí, hombre, la enlutada que vino llorando á ver á Fernando. Si yo la encontrara! Pobrecita!

MIN. Pues no está muy lejos.

RUFO. Dónde está?

MIN. Va usted á pedirla perdón?

RUFO. Delante de todo el mundo quiero darla una satisfacción.

MIN. Pues voy por ella. (Llega á la puerta.) Salga usted, señora, que ya se ha desenredado la madeja. (Sacándola de la mano.) El señor don Rufo quiere hacer de sus errores una manifestación pública.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—ELVIRA y todos los de la escena anterior.)

RUFO. He dicho que quiero que sea pública la satisfacción.

MIN. Acérquense todos; nada teman. (Se acercan.)

RUFO. Carmen, yo te he ofendido gravemente, creyendo las afirmaciones de un papel anónimo y quiero delante de todos arrojarme á tus plantas. (A Elvira, se postra.)

DIEGO. No se ponga usted en ridículo, que esa enlutada es la majer de Minuta. (Bajo á don Rufo.)

RUFO. (Se levanta, mira á Minuta y lanza una carcajada salvaje.) Es la primera vez de mi vida que me río.

MIN. Y se estrena usted conmigo? Pues para ser la primera lo hace usted de una manera muy bestial.

RUFO. Qué se entiende? (Furioso.)

MIN. Por qué se ríe usted de mí?

RUFO. Porque esta enlutada es su mujer de usted.

MIN. (Riéndose á carcajadas.) Mi mujer!

RUFO. Por qué se ríe usted? (Con seriedad.)

MIN. Porque no tengo mujer; si yo soy celibatario!

DIEGO. Señores, esto es menester que se aclare. Don Fernando me ha dicho...

ELVIRA. Basta! Ya estás bastante castigado. (Levantándose el velo y dirigiéndose á su marido.)

DIEGO. Mi mujer!

ELVIRA. Tu mujer, que, celosa, ha seguido tus pasos para investigar tus locuras.

DIEGO. Fingiéndome soltero; reconozco mi culpa; don Fernando me ha perdonado, don Rufo también y creo que Leonor será indulgente.

FERN. Quedan ajustadas las paces.

MIN. Falta que terminemos la carta para Serafín (A. Fernando.)

FERN. Le doy palabra formal,
y mi promesa no es vana,
que he de entregarle mañana
yo mismo la credencial.

MIN. De veras? Debo creerlo,
señor, que la he merecido
despues de lo que he sufrido
SIN COMERLO NI BEBERLO.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cuesta calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, UNA peseta.